

Mis diez mandamientos

José Luis Martín Descalzo (1930 - 1993)

El sacerdote español José Luis Martín Descalzo (1930-1993) fue un prolífico escritor y periodista que abarcó con éxito los más diversos géneros: novela, teatro, poesía, ensayo. Distinguido con el premio **Nadal**, entre otros, su vida y su obra supieron llegar al corazón mismo de la gente, desde su sección **Cuadernos de Apuntes** en el **ABC** madrileño de los domingos: *después de dieciocho años de periodismo, en los que escribí miles de artículos, descubría -¡por fin!- que los lectores podrían seguir con más o menos interés mis comentarios ideológicos, pero sólo vibraban cuando me dirigía a su corazón y a su condición de hombres.*

Gramma publica en este número "Mis Diez Mandamientos" de **Razones para la esperanza**, uno de sus libros más leídos.

[...]. Bastante trabajo tengo con dedicarme a cumplir el decálogo que Dios hizo como para dedicarme a imponer a los demás mis mandamientos.

De todos modos, [...], lo que sí tengo es mi visión personal de los mandamientos de siempre: visión que, como es lógico, sólo intento imponerme a mí mismo, porque bastante sería ya con que yo arreglase un poco mi corazón.

No obstante, y por si a alguien le sirve, he aquí mis formulaciones, que tal vez ayuden a otros a elaborar las propias.

* * *

I. Amarás a Dios, José Luis. Le amarás sin retóricas, como a tu padre, como a tu amigo. No tengas nunca una fe que no se traduzca en amor. Recuerda siempre que tu Dios no es una entelequia, un abstracto, la conclusión de un silogismo, sino Alguien que te ama y a quien tienes que amar. Sabe que un Dios a quien no se puede amar no merece existir. Le amarás como tu sabes: pobre-

mente. Y te sentirás feliz de tener un solo corazón y de amar con el mismo a Dios, a tus hermanos, a Mozart y a tu gata. Y, al mismo tiempo que amas a Dios, huye de todos esos ídolos de nuestro mundo, esos ídolos que nunca te amarán pero podrían dominarte: el poder, el confort, el dinero, el sentimentalismo, la violencia.

* * *

II. No usarás en vano las grandes palabras: Dios, Patria, amor. Tocarás esas grandes realidades de año en año y con respeto, como la campana gorda de una catedral. No la uses jamás contra nadie, jamás para sacar jugo de ellas, jamás para tu propia conveniencia. Piensa que utilizarlas como escudo para defenderse o como jabalina para atacar es una de las formas más crueles de la blasfemia.

* * *

III. Piensa siempre que el domingo está muy bien inventado, que tú no eres un animal de carga

creado para sudar y morir. Impón a ese maldito exceso de trabajo que te acosa y te asedia algunas pausas de silencio para encontrarte con la soledad, con la música, con la Naturaleza, con tu propia alma, con Dios en definitiva. Ya sabes que en tu alma hay flores que sólo crecen con el trabajo. Pero sabes también que hay otras que sólo viven en el ocio fecundo.

* * *

IV. Recuerda siempre que lo mejor de tí lo heredaste de tu padre y de tu madre. Y, puesto que no tienes ya la dicha de poder demostrarles tu amor en este mundo, déjales que sigan engendrándote a través del recuerdo. Tú sabes muy bien, José Luis, que todos tus esfuerzos personales jamás serán capaces de construir el amor y la ternura que te regaló tu madre y la honradez y el amor al trabajo que te enseñó tu padre.

* * *

V. No olvides que naciste carnívoro y agresivo y que, por tanto, te es más fácil matar que amar. Vive despierto para no hacer daño a nadie, ni a hombre, ni a animal, ni a cosa alguna. Sabes que se puede matar hasta con negar una sonrisa y que tendrás que dedicarte apasionadamente a ayudar a los demás para estar seguro de no haber matado a nadie.

* * *

VI. No aceptes nunca esa idea de que la vida es una película del Oeste en la que el alma sería el bueno y el cuerpo el malo. Tu cuerpo es tan limpio como tu alma y necesita tanta limpieza como ella. No temas, pues, a la amistad, ni tampoco al amor: ríndeles culto precisamente porque les valoras.

Pero no caigas nunca en esa gran trampa de creer que el amor es recolectar placer para tí mismo, cuando es transmitir alegría a los demás.

* * *

VII. No robarás a nadie su derecho a ser libre. Tampoco permitirás que nadie te robe a tí la libertad y la alegría. Recuerda que te dieron el alma para repartirla y que roba todo aquel que no la reparte, lo mismo que se estancan y se pudren los ríos que no corren.

* * *

VIII. Recuerda que, de todas tus armas, la más peligrosa es la lengua. Rinde culto a la verdad, pero no olvides dos cosas: que jamás acabarás de encontrarla completa y que en ningún caso debes imponerla a los demás.

* * *

IX. No desearás la mujer de tu prójimo, ni su casa, ni su coche, ni su video, ni su sueldo. No dejes nunca que tu corazón se convierta en un cementerio de chatarra, en un cementerio de deseos estúpidos.

* * *

X. No codiciarás los bienes ajenos ni tampoco los propios. Sólo de una cosa puedes ser avaro: de tu tiempo, de llenar de vida los años -pocos o muchos- que te fueran concedidos. Recuerda que sólo quienes no desean nada lo poseen todo. Y sábele que, ocurra lo que ocurra, nunca te faltarán los bienes fundamentales: el amor de tu Padre, que está en los cielos, y la fraternidad de tus hermanos, que están en la tierra.